

JUAN LUIS SUÁREZ / ¿HUMANIDADES DIGITALES EN ESPAÑOL?

Antes de entrar en una breve discusión acerca de qué son y qué no son las humanidades digitales, me gustaría destacar su importancia —aunque todavía no sepamos de qué estamos hablando— apuntando a los tres pilares que, conjuntamente, sostienen su edificio: la tecnología, la investigación y el humanismo. La tecnología digital constituye la palanca más importante del cambio social que estamos viendo por todo el mundo en las últimas décadas y continuará al menos durante algún tiempo. La tecnología siempre ha intervenido en los cambios mayores de la estructura económica y de la estructura social, pero lo importante de esta tecnología digital es que se trata sobre todo de una tecnología de la comunicación y de la cultura, los campos tradicionales de actuación del humanismo. El advenimiento de la galaxia digital, en Internet o en cualquier otro medio (libros, música, cine, educación, patrimonio, documentos...), supone la reorganización de las prácticas culturales y requiere de nuevas herramientas y conceptos para poder entenderlas y ser capaz de explicarlas a la sociedad en la que los humanistas realizan su labor. Esto nos lleva al segundo de nuestros pilares: la investigación. Si la tecnología ya ha impactado en nuestras vidas por medio

de los ordenadores, los teléfonos y las redes sociales, la investigación no lo ha hecho todavía en la medida en que debería. Parece que hay cierto consenso en las sociedades industrializadas acerca de que la investigación es la pieza fundamental del desarrollo económico y, por consiguiente, de la posibilidad de mantener los niveles actuales de bienestar y protección social de que disfrutamos. ¿Es esta investigación solamente investigación «científica» o tiene la investigación humanística algo que decir acerca del progreso humano de nuestras sociedades?

El humanismo, nuestro tercer pilar, nació de la mano de la primera revolución cultural de la época moderna, la que provocó la imprenta con la posibilidad de multiplicar la producción y distribución de libros, de ampliar las dimensiones de la comunicación humana. Pero el humanismo es una práctica que gira en torno a los textos —de los que el libro es sólo un formato, aunque muy bueno, y no su consagración— y a la ampliación de la comunicación humana más allá de los límites impuestos por la presencia física del interlocutor. Las humanidades son la institucionalización de las posibilidades abiertas por esta revolución de la imprenta. Si el humanismo nace en el



INSULA 762

JUNIO 2010

33

J. L. SUÁREZ /
¿HUMANIDADES...

siglo XV como movimiento social cuyo objetivo es la institucionalización de unos contenidos específicos de la cultura (la tradición clásica y bíblica y, más adelante, la propia tradición literaria contemporánea) para la formación de comunidades y proyectos políticos y para su reproducción social por medio del sistema educativo, las humanidades digitales del siglo XXI entran de lleno en el debate acerca de los contenidos específicos que han de informar nuestra cultura, de la forma que queremos dar a nuestras comunidades políticas y, gracias a la presencia en el sistema educativo, del tipo de ser humano que protagonizará la vida de estas comunidades culturales.

De la misma forma que el humanismo del siglo XV nació abrazado a las tecnologías de la imprenta, del libro y de los *studia humanitatis*, las humanidades del siglo XXI tienen que desarrollar las tecnologías digitales y los procesos sociales que permitan la actualización de su programa de cultura para poder seguir ofreciendo un modelo de intercambio con el mundo según una escala humana.

¿Se habla español en las humanidades digitales?

La respuesta es NO. O, mejor, no lo suficiente. Recordemos que los principales debates acerca de la digitalización de la cultura han surgido como «reacción» al proyecto de Google Books (sobre la utilidad y limitaciones del proyecto de Google para la investigación humanística puede leerse el blogpost de Dan Cohen «Is Google Good for History?» en www.dancohen.org) y en defensa de una serie de ideas bastante difusas que apelan a principios elevados, pero que en gran medida ponen de manifiesto la inexistencia (o ineficacia) de planes gubernamentales para el desarrollo de una cultura totalmente digital. Y el problema es que la reacción no parece ser suficiente en un mundo en el que hay miles de millones de teléfonos móviles y, a la vez, la cultura y la educación siguen considerándose prioridades institucionales. ¿Podemos hacer algo más que reaccionar defensivamente a lo que hacen las grandes multinacionales? Si la cultura y sus industrias (incluida la educación) son uno de los ejes políticos del humanismo y de los proyectos políticos en español, la digitalización ofrece por primera vez en mucho tiempo un escenario en el que la cultura, eso sí digital, podría convertirse también en uno de los sectores económicos más importantes de la economía y en uno de los pilares de la investigación. Claro que esto implica llevar la iniciativa, activar la investigación, desarrollar planes de formación digital, formular proyectos de investigación social e intelectualmente relevantes y comunicar mejor, o sea, crear o adaptar las tecnologías digitales a los objetivos del proyecto humanista.

En el caso de las humanidades digitales, una parte importante de la falta de avance en el mundo hispano recae sobre nosotros, los humanistas. Los humanistas —de los que no sólo España, sino todo el mundo hispano puede decir que están al mejor nivel mundial— nos hemos formado en un esquema basado en el mundo impreso y en la autoridad de los maestros. El mundo impreso no va a desaparecer, pero tampoco tiene ya la primacía a pesar de que durante meses los medios de comunicación españoles han informado acerca de lo que parecía una campaña por desprestigiar o ningunear la edición

electrónica y los nuevos soportes de lectura. Ahora parece que esa tendencia, de nuevo reactiva, se ha contraído y el mundo editorial está intentando ponerse al día. Lo cierto es que la prioridad debería ser el mundo de la lectura y no tanto el mundo de la edición. Por otro lado, el respeto a la autoridad de los maestros es, en parte, una falsa premisa del humanismo moderno, ya que lo que recomendaban los primeros humanistas era seguir críticamente su modelo y, a diferencia de los escolásticos, transmitir la cultura clásica no por medio de reglas inviolables, sino según la adaptación contextual de los ejemplos clásicos. En este sentido, la migración al mundo digital sería una manera más de probar la fortaleza cultural de nuestro principio fundacional: imitar a los clásicos según el contexto de la necesidad cultural o humana que hay que resolver. ¿Sirve para algo el humanismo en el siglo XXI? Claro que sí, tanto como en su nacimiento, pero sólo si está digitalizado: en la formación de los humanistas, en sus herramientas y en sus «objetos» de trabajo.

La otra equivocación que está provocando un retraso en la adopción humanista de lo digital tiene que ver con la relevancia de la investigación entre nuestras actividades. Durante mucho tiempo, la transmisión de las fuentes clásicas ha sido la principal tarea de los humanistas y esto se ha convertido en una misión en sí misma. No es que esté en contra de ello, por el contrario, la actualización y puesta a disposición de la comunidad política de las fuentes que se consideran su origen es fundamental para garantizar su transmisión cultural. Sin embargo, hay que dar un paso más allá y hacer el siguiente ejercicio mental antes de comenzar cualquier investigación humanista: ¿Qué problema estamos tratando de resolver?, ¿para quién es importante este problema? Me refiero a para quién es importante en la sociedad y no sólo en términos económicos, aunque también, sino sobre todo sociales y culturales. Como en casi todas las cosas relacionadas con el desarrollo social y económico, la capacidad de influir y participar en la emergente comunidad mundial de humanistas digitales está relacionada con la presencia en el mundo de investigación que está dando forma a esa comunidad. Y en este sentido, investigar quiere decir desarrollar las herramientas digitales necesarias para llevar a cabo las tareas propias de cada una de las disciplinas humanísticas en la era digital.

Hay dos errores en la concepción de la cultura digital. Por un lado, se asume todavía que hacer algo en el mundo analógico (por ejemplo, una edición crítica de un clásico) y luego volcarla en un formato digital en Internet es un paso significativo. Sin embargo, eso era un paso importante hace 10 años, no ahora. Por otro lado, la tendencia más desarrollada hasta ahora tiene que ver con la digitalización de colecciones existentes. Siendo esto fundamental para que la cultura pueda conservarse y sea accesible en el mundo digital, no es lo decisivo. Digo que es fundamental porque el sólo hecho de desarrollar ese tipo de proyectos permitirá aprender a ser humanistas digitales y abrirá puertas a la investigación humanística que cambiarán la forma y los resultados de nuestro entendimiento de la historia y la cultura. Pero no es decisivo —excepto cuando no se hace—, porque Google lleva ya varios años haciéndolo y creando la tecnología y los hábitos sociales que están usando los investigadores. Por eso, además de hacer que la cultura esté disponible y accesible digitalmente, es preciso crear la tecnología para hacerlo e inventar los protocolos

de trabajo que garanticen el nacimiento de comunidades de práctica en las que participen bibliotecarios, archivistas, investigadores, empresarios y usuarios. Hay que hacer esto, sí, y rápidamente, para empezar cuanto antes a usar el gran poder de computación que está a nuestro alcance y analizar de una manera diferente «la gran cantidad de pasado» sobre la que se puede hacer investigación en estos momentos y que no estamos aprovechando para resolver problemas relevantes.

Curiosamente, está más que aceptado que hay países iberoamericanos como Argentina, Cuba, Chile y España con un nivel de programadores altísimo que no tienen nada que envidiar a los mejores del mundo. Sin embargo, el problema no es de envidias ni emociones respecto a lo que hacen, y por cierto muy bien, en otros países, sino de la capacidad global de cualquiera de nuestros países de habla hispana para satisfacer la demanda de «digitalizadores» que requieren la nueva economía y la nueva sociedad. Hablo de «digitalizadores» y no sólo de programadores porque el problema se extiende más allá de los «técnicos» y abarca a todo aquel que tenga responsabilidades privadas o públicas en las esferas de la educación, la historia, el patrimonio, la comunicación y la investigación humanística. ¿Sabe cualquiera de estos agentes —sepa programar o no, que debería saber por cuestiones de conocimiento e independencia en el ejercicio de la actividad intelectual— lo que se necesita, digitalmente hablando, para solucionar los problemas de catalogación, identificación, análisis, transmisión y manipulación de aquellos objetos? ¿Existe un ecosistema digital en el que grupos de trabajo multidisciplinares, con investigadores, técnicos, humanistas digitales y empresarios elaboren las líneas maestras de modernización de sus instituciones? ¿Hay un «requisito digital» definitorio en la concesión de proyectos de investigación en las humanidades similar a los que se imponen, por ejemplo, para internacionalización y la formación de personal, por ejemplo, de manera que entre los resultados sea necesario ofrecer herramientas digitales que otros investigadores, profesores y estudiantes puedan incorporar a sus rutinas de trabajo?

¿Y el futuro?

Parece que el futuro, al menos el económico, está en Asia y, desgraciadamente, Asia no es el epicentro del mundo en español. El español, sin embargo, tiene una posibilidad de decir algo en el mundo de las humanidades digitales gracias a su presencia en EE. UU. La confluencia de educación, investigación y población hispana en EE. UU., que además provoca la aparición de un mercado de la comunicación y la cultura en español, abre una posibilidad para la inmediata participación en el discurso de las humanidades digitales. Este discurso práctico ha de estar dirigido a la colaboración transatlántica en investigación humanista, con el componente digital como elemento fundamental y un nivel de desarrollo comparable en cuanto a recursos a las alianzas científicas que ya están en funcionamiento entre grupos españoles y norteamericanos. El esfuerzo es mayúsculo porque los hispanistas en suelo norteamericano no tienen todavía una presencia sustancial en los centros de humanidades digitales que están surgiendo en algunas universidades de EE. UU., aunque sí hay en marcha algunos proyectos pioneros de gran interés.

Respecto al mundo iberoamericano, aunque hay algunos proyectos de investigación digital muy interesantes y de alta calidad, no creo (perdón si me equivoco) que haya todavía ningún centro universitario dedicado expresamente a las humanidades digitales. ¿Cómo serían estos proyectos? Me voy a valer de algunos ya existentes para ofrecer ejemplos concretos de lo que se puede hacer. Por supuesto, estos son proyectos pioneros y como tales han desbrozado los primeros pasos de un camino que no parece tener límites. Aprender de ellos es fundamental porque se evitarían muchos errores por los que ellos ya han pasado.

El primer caso es el de la herramienta bibliográfica, aunque también se puede usar para muchas otras cosas. Zotero (www.zotero.org) fue creado en 2006 en el *Center for History and New Media* de la Universidad George Mason, es gratuito, y su desarrollo se financia mediante el apoyo de varias fundaciones privadas y el *National Endowment for the Humanities* (NEH). Me interesa destacar el hecho de que se trata de una herramienta —ya en su versión 2.0— que soluciona uno de los problemas básicos de cualquier investigador, pero lo hace con toda la potencia de las nuevas tecnologías en su concepción, diseño y facilidad de uso. Zotero es una extensión del navegador Firefox que sirve para coleccionar, gestionar, citar y compartir las fuentes de investigación, sean del tipo que sean. Sus creadores son historiadores que conocen las necesidades de los humanistas y, aunque no existe en su grupo ningún vínculo con el hispanismo americano, el éxito de uso de Zotero, cuyo número de descargas se cuenta por millones, implica que el interfaz esté disponible en español y que las estimaciones de usuarios en español se cuenten en las decenas de miles en todo el mundo.

Otro de los proyectos pioneros en las humanidades digitales es el *Cervantes Project* (<http://cervantes.tamu.edu/V2/CPI/index.html>), dirigido desde 1995 por Eduardo Urbina en la Universidad de Texas A&M, para la publicación en línea de la bibliografía internacional sobre Cervantes, sus obras completas con herramientas apropiadas para su investigación digital y un banco de imágenes digitales sobre el autor y su obra. Este proyecto comenzó gracias al apoyo de la *National Science Foundation*, el NEH y más tarde consiguió el apoyo de la Universidad de Castilla-La Mancha y del Banco de Santander.

Desde la Universidad de Brigham Young, en Utah, Mark Davis dirige el proyecto *Corpus del Español* (www.corpusdelespanol.org), un repositorio de más de cien millones de palabras españolas pertenecientes a más de 20.000 textos fechados desde 1200 hasta el siglo XX y que también ha contado con el apoyo del NEH. El interfaz del *Corpus* está organizado para facilitar al usuario las búsquedas lingüísticas de palabras, frases, lemas, palabras en contextos y, recientemente, hacer también búsquedas semánticas, sinónimos, así como diversas formas de procesar el lenguaje natural que son cada vez más importantes en la investigación humanística gracias a la disponibilidad de miles de textos digitalizados.

En términos de digitalización de contenidos, la comunidad hispana en los EE. UU. está mostrándose especialmente activa a la hora de preservar su identidad hispana y norteamericana a la vez mediante la creación de varios proyectos como el *Bracero History Archive*. Este proyecto, gestionado también desde el *Center for History and New Media* de la Universidad George Mason, cuenta también con la

J. L. SUÁREZ/
UMANIDADES...

colaboración del *Smithsonian Museum of American History*, *The Institute of Oral History* de la Universidad de Texas El Paso y el apoyo del NEH. Su objetivo es recoger, archivar y difundir las historias orales y los artefactos de los protagonistas del *Bracero Program*, un programa de trabajadores inmigrantes mexicanos invitados que desarrolló el Gobierno norteamericano durante el periodo 1942-1964 y que creó una huella considerable de memorias y experiencias mexicanas en los EE. UU. Una de las rasgos más importantes del *Bracero History Archive* es que incluye varias herramientas dirigidas a facilitar su uso en las escuelas y la interacción de los usuarios mediante los principios de la web 2.0.

Por último, y aunque sea de mal gusto hablar de lo que hace uno mismo, mencionaré también el canadiense *Hispanic Baroque Project* (www.hispanicbaroque.ca), anclado en la University of Western Ontario y financiado por el *Social Sciences and Humanities Research Council of Canada*. Este proyecto plantea el estudio de los patrones de formación y expansión de la cultura barroca durante la primera globalización de los siglos XVI al XVIII así como la relación entre los nuevos medios y la estética neobarroca en la globalización del siglo XXI, desde una perspectiva multidisciplinar informada por científicos y humanistas y con la participación de investigadores de varios países. El hecho de asumir el paradigma de los sistemas complejos como la base teórica desde la cual estudiar la emergencia y expansión del barroco es lo que nos llevó automáticamente a la necesidad de desarrollar herramientas computacionales —desde bases de datos de arte hasta sistemas multi-agente de simulación o mapas de tópicos, entre otras— que nos permitieran analizar y visualizar grandes cantidades de datos y textos digitalizados procedentes de fuentes y soportes diferentes. Asimismo, la *Canada Foundation for Innovation* acaba de aprobar la financiación para la construcción en la University of Western Ontario de *The CulturePlex* (www.cultureplex.ca), un laboratorio para el estudio de la complejidad cultural y el desarrollo de «software» para las humanidades digitales que durante los próximos años centrará su investigación en la creación de herramientas para la visualización, el contenido digital, la catalogación digital de objetos culturales y el procesamiento de lenguaje natural en documentos históricos y literarios.

Todos estos proyectos se caracterizan por una serie de rasgos que llaman la atención acerca del cambio de hábitos de trabajo que la comunidad humanista ha de asumir para poder beneficiarse del potencial de las humanidades digitales: problemas grandes que requieren el trabajo en grupo; desarrollo de herramientas apropiadas para el problema en cuestión (muchas de las cuales se pueden luego adaptar a otros problemas y proyectos); colaboración inter-institucional más allá de los muros del campus; investigación multidisciplinar con equipos formados por humanistas, matemáticos, científicos computacionales y conservadores, por nombrar sólo

algunos tipos de participantes; proyectos sostenibles en el tiempo; proyectos útiles para un sector de la comunidad a la que sirven estos proyectos.

¿Cuáles deberían ser, entonces, algunas de las líneas maestras para un desarrollo de las humanidades digitales vinculado a la conservación y fomento del español como una lengua de alcance universal, conectada a la cultura y próxima al mundo de la ciencia y la tecnología? La lista no es exhaustiva, pero sí pretende dibujar el perfil básico

de un programa de desarrollo de las humanidades digitales que contribuya a conseguir los objetivos apuntados:

— Digitalización y apertura en Internet de las bibliotecas, archivos y colecciones de arte de todas las instituciones públicas mediante APIs o servicios web.

— Desarrollo de herramientas y empresas para la enseñanza del español en línea.

— Creación de una plataforma básica para la gestión de proyectos de investigación en humanidades digitales que sea adaptable a las necesidades de cada proyecto e incluya herramientas bibliográficas, de comunicación social y de visualización de contenidos.

— Extensión de una formación básica en humanidades digitales a todas las titulaciones universitarias humanísticas, con un contenido fundamentalmente práctico y técnico.

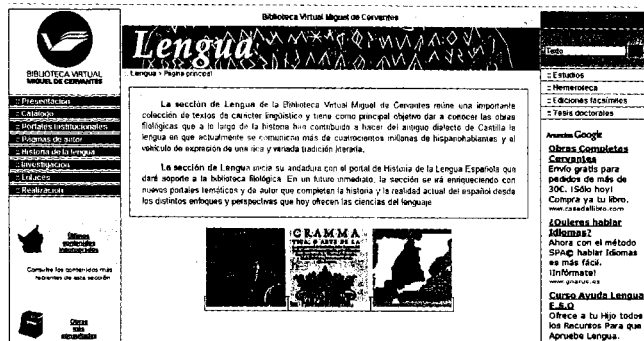
— Apertura en Internet de todos los datos de todos los departamentos del Gobierno, excepto aquellos que afecten a la seguridad nacional.

— Desarrollo de especializaciones de posgrado en humanidades digitales, dirigidas a la biblioteconomía, el tratamiento textual en literatura, lingüística e historia, la catalogación y preservación digitales del patrimonio y la visualización de la información cultural en una forma accesible a la mente humana.

— Impulso de la investigación en el ámbito de las humanidades digitales, con especial énfasis en la creación de tecnología y herramientas y la distribución masiva de los resultados mediante su comercialización o disponibilidad gratuita para la comunidad educativa e investigadora.

El objetivo es, en definitiva, la creación de un ecosistema digital para la cultura en español que sirva de anclaje para el humanismo del siglo XXI, garantice la presencia del español en la creación lingüística del futuro gracias a su conexión con la tecnología y contribuya al bienestar de nuestras sociedades mediante aplicaciones comerciales o gratuitas producto de una investigación de calidad a nivel mundial. Todo está ahí, esperando que la comunidad humanista se organice y los gobiernos hagan su papel de incentivos de aquellos movimientos estratégicos que suponen una apuesta por el futuro económico y social de nuestras comunidades de habla hispana.

J. L. S.—UNIVERSITY OF WESTERN ONTARIO



Página de la web de la Biblioteca Virtual Cervantes.



PRECIOS PARA ESPAÑA:
AÑO (12 NÚMEROS): 75 €
AÑO (12 NÚMEROS) ATRASADO: 75 €
NÚMERO NORMAL ATRASADO: 10,20 (sencillo)
PRECIO DE ESTE NÚMERO: 7,80 €

PRECIOS PARA EXTRANJERO (AVIÓN):
AÑO (12 NÚMEROS):
EUROPA: 100 € (IVA IN.)
AMÉRICA / ÁFRICA: 115 € (SIN IVA)
RESTO DEL MUNDO: 130 € (SIN IVA)

INSULA 762
JUNIO 2010

36

Realización gráfica e impresión: SAFEKAT, S. L.
Diseño: ENIC SATUE

Carecerización tipográfica: Jacinto Antón



Esta revista ha recibido una ayuda de la Dirección General del Libro, Archivos y Bibliotecas para su edición en bibliotecas, centros culturales y universidades de España, para la totalidad de los números del año.